

El Flaco del Gordo

Con afecto y recuerdos minuciosos, Francisco Juárez recorre su amistad con Osvaldo Soriano: desde el primer encuentro en *Primera Plana* hasta los viajes en auto a Berisso. Episodios siempre atravesados por el periodismo y por los gatos, que refrescan el origen y la dinámica de esta dupla.

Señales. ¿Coincidencias? Destino. Y allí, los gatos.

—¿Soriano? —preguntó Francisco Juárez, una mañana de abril de 1969, en la recepción de la redacción de *Primera Plana*, la de las calles Perú y Belgrano.

—Sí, ¿quién es usted? —contestó y repreguntó el muchacho de 26 años, cabeza grande, bolso al hombro, mirada expectante, con el último número de la revista *Primera Plana* en la mano.

—Soy Francisco Juárez.

—¡Juárez!, lo imaginaba más viejo. Permítame un abrazo.

El diálogo es teatralizado por el propio Francisco “Negro” Juárez, el íntimo amigo de Osvaldo Soriano. Observar la escena desde el mismo sillón colorado de tres cuerpos en el que tantas veces estuvo “El Gordo”, alienta pensamientos, asociaciones. El encuentro con Juárez estaba planeado para un viernes por la mañana. La noche anterior, vi caminar un gato negro misteriosamente sobre la medianera. Como vigilando. Nunca antes había aparecido sobre esa pared. Siempre les tuve miedo a los gatos. No esa noche. La dirección de “el Negro” Juárez, como lo llaman todos, pertenece a “La manzana de Borges”. En el edificio donde vive me recibe un gato negro. Flaco. Pequeño y con el pelo brillante. Muy parecido al del cruce previo. Desde la escalera, custodia la espera del ascensor. ¿Coincidencia? Al llegar al piso de Juárez, la puerta del departamento está abierta. Juárez se había levantado temprano para alcanzar a ordenar antes de la entrevista

porque en el mismo lugar, la noche anterior, se había celebrado el cumpleaños de Cristina, su esposa. El anfitrión saludó rápido con unas pocas palabras. Levantó el dedo y señaló un póster con la imagen de Osvaldo Soriano, que recibió del Departamento Cultural de San Lorenzo de Almagro cuando le entregaron el premio que lleva su nombre. Lo había ubicado especial y estratégicamente sobre el respaldo de una butaca del living, en diagonal a la que él ocupó al lado del sillón colorado. Su atención, por varios momentos, volvía sobre “El Gordo” de papel, sobre esa caricatura.

14 de abril de 1969

El primer encuentro entre Osvaldo Soriano y Francisco Juárez duró poco. Apenas unos minutos. El Negro sabía quién era ese jovencito y fue a recibirlo por expresas indicaciones de su editor Osiris Troiani: “Bajá vos, hay un gordito hincha pelotas en la recepción”. Unas semanas antes, a Juárez le habían encargado una nota sobre las devociones de la Semana Santa. “Queríamos hacer algo distinto, como ‘La otra cara’”, dice y detalla como si no hubieran pasado más de 46 años. Como él mismo tenía que cubrir el culto a la Difunta Correa en San Juan, faltaba alguien que cubriera el famoso Vía Crucis de Tandil. Aquella tarde, Juárez preguntó si había alguien y Troiani no sabía que su respuesta sería clave en el destino de “El Gordo” Soriano.

Recordaba que durante una jornada de charlas, en Tandil, había un fanático de *Primera Plana* que se moría de ganas de jugar en esas ligas. Aquella tarde, un gordito lo llenó a preguntas y Troiani guardó sus datos.

Lo llamaron y le encargaron el artículo. “Escribió un texto fantástico y desopilante en el que contaba la vida *non sancta* del reo que hacía de Cristo y develaba la interna clerical. El informe se reprodujo tal cual y con su firma. ¡Nadie firmaba en esa época! Cuando la revista llegó a los quioscos de Tandil, Soriano armó un bolso y se vino. No se podía quedar en el pueblo, había armando un revuelo enorme”, detalla Juárez.

Francisco “Negro” Juárez tiene 79 años y una memoria inquebrantable. Va y viene con fechas y menciona colegas con los que trabajó, peleó, discutió y admiró: Jacobo Timerman, Tomás Eloy Martínez, Osiris Troiani, Ernesto Schoo, Juan Gelman, Ramiro de Casabellas, Hugo Gambini, Julio y Juan Carlos Algañaraz, Sara Gallardo, Aída Bortnik, entre otros.

De joven fue rugbier y un andinista dedicado y apasionado, eso lo llevó a ser un especialista en la Patagonia. Conversando con los lugareños, recopiló cientos de historias. Durante ocho años escribió para el diario *Río Negro* sus “Historias patagónicas”. Entre los muchos personajes que cita de aquellos tiempos salen nombres inmemorables: Butch Cassidy, Elena Grenhill y un jovencito Néstor Kirchner. “Hace poco, ordenando, vi unos papeles y fotos en donde estuve con el ex presidente. Es más, recuerdo que él me dijo que lo llame por su apodo: Lupín.” También fundó el suplemento de turismo de *La Nación*, el noticiero “Telenoche” y “El periodista de Buenos Aires”, fue secretario de redacción de *Panorama*, *Siete Días*, *Gente*, *La Semana*. Publicó “Los bandidos rurales”, “Guía de turismo en estancias” y “Vieytes el desterrado”. Estuvo a cargo de la



Oswaldo Soriano junto a su esposa, Catherine Brucher, y a Cristina, la esposa de Francisco Juárez, fotografiado por este último en un viaje a Bariloche.

Entrevista

edición periodística del ciclo televisivo “Argentina por argentinos” y realizó la investigación para el guión de “La historia oficial”, entre otros filmes.

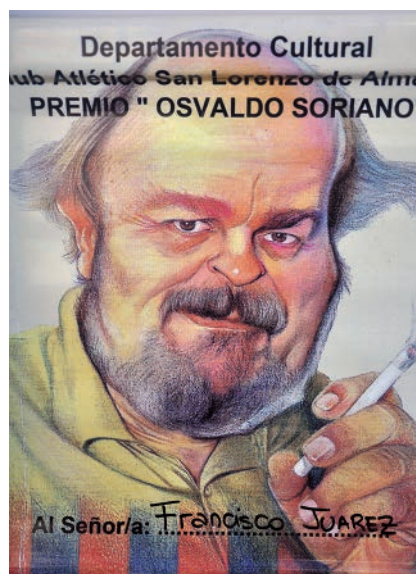
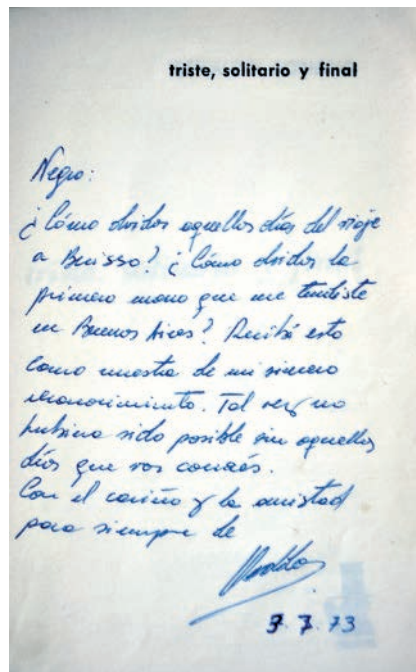
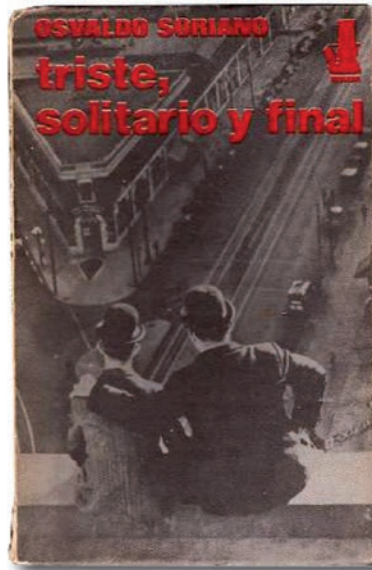
Berisso, tan cerca y tan lejos

“Andaba sin plata y no tenía dónde dormir. Le dije que me esperara y lo invité a cenar. Recuerdo que caminamos por Avenida de Mayo hasta un hotel desvencijado. ‘Acá’, dijo Soriano, al ver que el hotel se llamaba Tandil. Estaba repleto y le ofrecieron un cuartucho en la terraza que usaban de depósito”, dice Juárez con esa actitud paternal y amistosa que los unió desde ese momento. “¡Pero yo tampoco tenía tanta plata para hacerme cargo de él, entonces le dije a Osiris que él se tenía que hacer cargo! Con su puesto, podía hacer algo más que yo. Entonces se nos ocurrió que escribiera sobre Berisso (que en ese entonces quedaba bien lejos de la redacción). En ese momento no se sabía nada y podía tener laburo por un largo rato”, agrega.

El propio Soriano recuperó esos viajes a Berisso en la dedicatoria que le hizo a Juárez en su ejemplar de *Triste, solitario y final*: “Negro: ¿Cómo olvidar aquellos días del viaje a Berisso? ¿Cómo olvidar la primera mano que me tendiste en Buenos Aires? Recibí esto como muestra de mi sincero reconocimiento. Tal vez no hubiera sido posible sin aquellos días que vos conoces. Con el cariño y la amistad para siempre de Osvaldo. 3. 7. 73”. Y en otra, la de *Artistas, locos y criminales*: “Para el Negro Juárez, entre otras cosas, por aquel viaje a Berisso, por la solidaridad, por los años de amistad, por los cafés, la reunión de Avenida de Mayo, una noche de Bariloche con el 17... ¡Y con un gran beso para Cristina!”.

Cuenta Juárez que Soriano era un “gran calculero, muy cauteloso con los mufas”. Y relata dos anécdotas que, dice, son imborrables: “En una oportunidad estábamos tomando algo con varios colegas en el Bar Colonial, de Perú y Belgrano, y Soriano insistía con que no habláramos de *yetattores*. Un poco para cargarlo y otro poco porque no creíamos en eso, la seguimos hasta que se nos cayó una aspa del ventilador de techo arriba de la mesa. La segunda tiene que ver con la primera. En uno de esos viajes a Berisso, de regreso a Capital, mientras yo manejaba mi Citroën empezamos a recordar esa anécdota y esos nombres. ‘El Gordo’ me dijo que no los nombrara y a los dos kilómetros empezó a salir un humo del motor que tuvimos que parar”, recuerda divertido mientras su esposa, Cristina, se suma a la charla.

“Anoche hablé con Catherine (Brucher, la viuda de Soriano)”, dice Cristina que acaba de cumplir años -el departamento rebalsa de rosas rojas. Ambas parejas compartieron largas



tertulias en las que “el Negro” Juárez solía quedarse dormido para despertarse, de pronto, diciendo cualquier cosa en medio de la charla que continuaba en la madrugada.

Una de las cábalas más recordadas de Soriano era su gata Chiruzza: ella tenía la misión de editar los textos distinguiendo las páginas que servían de las que no valían la pena. Si las aprobaba, se les sentaba encima. Si no eran de su agrado, reprobaba arañándolas. La lista de los gatos de Soriano se completaba con “Pulqui”, el de la infancia; “Negro Veni” (por Juárez, justamente), afrancesado y luego nacionalizado porteño; y Pirulín, que sobrevive en la casa de Janville-Juine donde vive Catherine, en las afueras de París. El recuerdo de los gatos de “El Gordo” acompañó durante mucho tiempo al Negro, que ahora se ríe y cuenta: “Cuando la llevé a Catherine al aeropuerto, en su regreso a Francia, los tres gatos iban en el asiento trasero de mi Renault 9 y sabés qué: ¡Orinaron todo el tapizado!”.

¡Sos el Flaco!

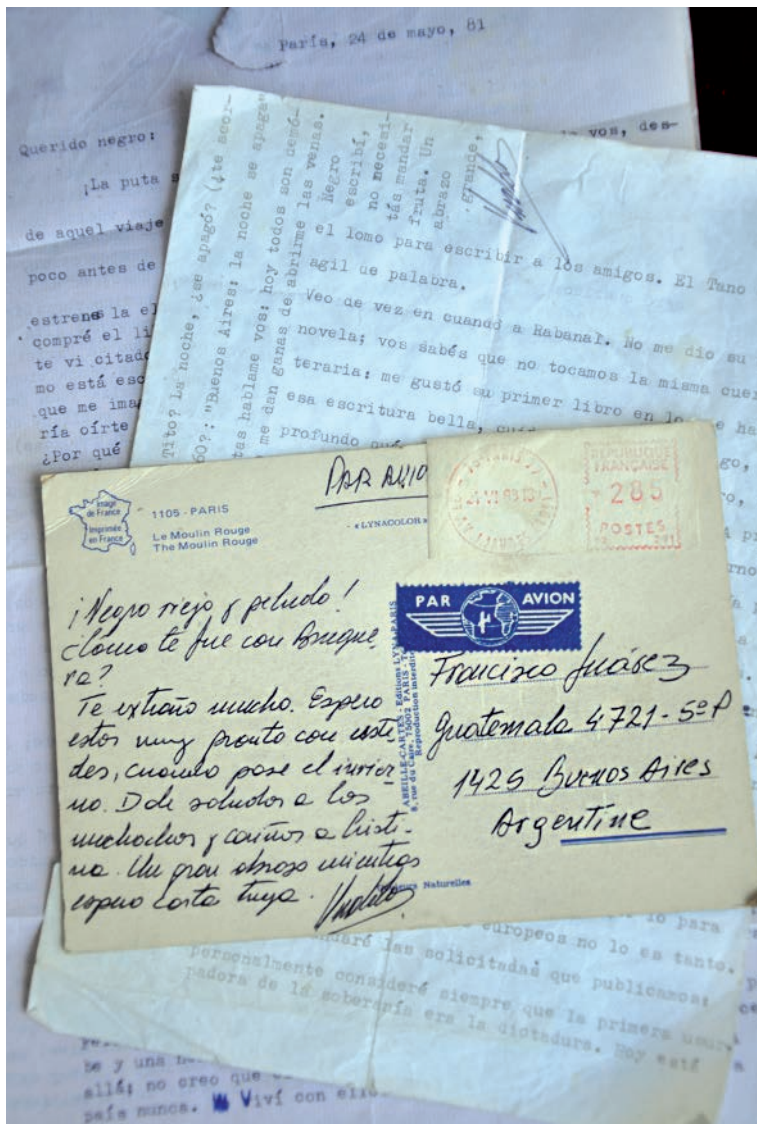
Soriano escribió en 1972, en el diario *La Opi-*



or y pingües dividendos.

verán a Dios

zos, gaseosas, sandías, patay. Entre los matorrales de jarillas, algunos grupos dormitaban alrededor de vastos fogones. Pero la recorrida ofrecía mayor atractivo en la meca de los devotos, donde una imponente procesión de antorchas se balanceaba como un lamento. Semejante devoción proviene de los fervores despertados por los milagros y gracias atribuidos al alma de Dolinda Correa, quien, según otras versiones, se llamó María Antonia o Remedios. Para simplificar, los creyentes la veneran como La Difunta Correa. Se asegura que fue encontrada muerta, en 1820, por unos arrieros en el mismo árido lugar donde ahora se la idolatra. Vencida por la sed, tres días después de su fin un río manaba de su pecho descubierta. El presunto milagro transformó a los arrieros en trovadores del prodigio: ellos enterraron a la Correa y llevaron a sitio seguro a su hijo. Los primeros milagros que se atribuyen —la mayoría de orden trimonial: recuperación de hacendados extraviados, cosechas salvadas— multiplicaron la fama de la Correa.



La primera nota de Soriano en *Primera Plana* apareció en los kioscos porteños en la noche del lunes 14 de abril de 1969. Fue el N° 329 de esa publicación que el dictador Onganía clausuraría 16 números después. El Papa Pablo VI fue en tapa con el título “Alerta contra el cisma”. El semanario no publicaba el nombre de los autores (privilegio sólo de un puñado de columnistas). Esa regla se cumplió, pero la nota fue encabezada por una introducción del editor que consignó detalles de esa gran producción. A partir de la línea 17, se aseguraba que “Osvaldo Soriano se sumergió en la historia y el presente del Calvario, que atrae a Tandil a miles de peregrinos...”

nión, uno de sus textos más recordados. Estaba dedicado a Stan Laurel y Oliver Hardy, sus amados el Gordo y el Flaco. “El Gordo” siempre dijo que ese material periodístico había sido, finalmente, la génesis de su primera novela, *Triste, Solitario y final*. Precisamente fue Juárez quien le regaló al escritor la foto que sirvió de portada para esa primera edición. La había traído especialmente a pedido suyo de Denver, Colorado, tras un viaje realizado por trabajo.

Cuando Soriano regresó a Argentina tras su exilio en Francia, Juárez fue quien los buscó a él y a Catherine en Ezeiza y los llevó hasta el departamento que habían alquilado en Palermo.

“Catherine fue a comprar algo para almorzar y los primeros que entramos fuimos nosotros dos. Había una pequeña ventana por donde entraba el sol muy fuerte. Cuando ‘El Gordo’ abrió la puerta de la jaula en donde venían los gatos, uno salió como eyectado hacia la ventana. Le hice un tackle como en mis mejores épocas de rugby y él, entre admirado y aterrado, me dijo lo más afectuoso que podía decirle a alguien: ‘¡vos sos el Flaco!’”

El 22 de enero de 2007, bajo el título “A diez años de un largo adiós”, el Negro Juárez escribió en *Página/12*: “Con mejores humores y su charla amena, quedó instalado no sólo en la memoria de quienes compartimos con él ca-

si treinta años de amistad, redacciones, viajes, bohemia y la vigilia del último tramo de su agonía, sino que su figura —y sobre todo sus libros— pasó a ser la pertenencia de millares de lectores de buena parte del planeta. Para siempre y en todos los idiomas. Plantado frente a la computadora, releendo los últimos párrafos y maldiciéndose por los errores cometidos, distribuía a ciegas caricias alternativas a su propia calvicie, a algún gato trepado a su falda o a la rubia cabeza del pequeño Manuel, ahora a punto de cumplir diecisiete años”.

Previo a eso, Juárez había empujado los trámites pertinentes para que Soriano tenga en el Cementerio de La Chacarita un lugar memorable. Así, el día en que se inauguró la plazoleta en honor al Gordo, Juárez leyó el texto enviado por Osvaldo Bayer: “Tu estilo es tan profundo que no necesito de academicismos para describirlo. Es tan profundo como las preguntas que se hacen los muchachos de barrio, las mujeres viejas, los viejos jubilados y los perros de la calle (los gatos no, ellos no preguntan, esos lo saben todo). Nos supiste dibujar a todos pero sin poder ocultar tu tierna bondad. Hasta la vida siempre”.

Cuando le llegó el turno de hablar por sí frente a tantos amigos, a Catherine y a Manuel, el Negro tuvo que tomar valor. “El último acto, muy privado, bajo la lluvia, fue el viernes, para la exhumación. En el peor momento me encontré de nuevo con Soriano. Pero rescato la imagen de ese primer día en *Primera Plana* cuando apareció, desconocido, dispuesto a triunfar”. Ahora Juárez lucha por un busto, “como mínimo”, que acompañe su tumba y en eso está.

En su living, el Negro vuelve a mirar en diagonal. Levanta la vista y la baja del póster. No puede terminar una frase sin que ésa se desgrane en otra anécdota. Otro recuerdo. Sostiene que a Soriano la fama nunca le importó. Cuenta que en ese aspecto era más bien práctico. Juárez sabe detalles y los cuenta con precisión de círculo íntimo. El gordito de Tandil ya había cobrado vuelo y las editoriales lo buscaban. En 1995 Editorial Norma pagó 500.000 dólares por los derechos de sus libros. Cuando llega el momento de hablar de Manuel Soriano, retoma entre el pasado del niño y su presente: “Cuando era más chico ¡coleccionaba hormigas! y tenía como una ciudad plástica en miniatura de tubos interconectados, una de las veces que vino con Catherine a casa, se escaparon las hormigas y Cristina casi se infarta. Luego pasó a los hurones y se los llevó a Brasil, donde vive. Ah, sí, en París se enamoró de una brasilera y se vino para acá. Vendrá a visitarnos a mitad de año”.